

Editorial

¿Seremos la última generación que ha vivido en sociedades democráticas? se pregunta Steven Forti *Extrema Derecha 2.0* (2025). Esta pregunta se repite entre los teóricos de la democracia frente al avance de la extrema derecha en las democracias occidentales. Comprender este fenómeno constituye uno de los principales desafíos analíticos y normativos de la teoría política contemporánea. Queda claro que no puede ser comprendido únicamente como una reacción coyuntural ni como una anomalía externa al orden democrático, sino como una dinámica que emerge en el interior mismo de democracias erosionadas por décadas de reconfiguración neoliberal, desigualdad creciente y debilitamiento de las mediaciones institucionales.

Dicha irrupción ha configurado regímenes con componentes autocráticos, que han sido definidos por algunos autores como postfascistas, por sus rasgos similares a las experiencias del siglo XX. A su vez, se caracterizan por poseer rasgos populistas, en tanto articulan, a partir de una lógica de antagonismo, la redefinición del conflicto político en términos más morales que socioeconómicos. La frontera entre un “pueblo” supuestamente homogéneo y una serie de “otros” —élites políticas, migrantes, minorías culturales— reemplaza al clivaje clásico entre capital y trabajo. En este marco, demandas materiales legítimas vinculadas al deterioro del bienestar social —caída de ingresos, desindustrialización, precarización laboral y abandono territorial— son resignificadas mediante narrativas excluyentes que desplazan la responsabilidad estructural hacia enemigos internos o externos.

Este desplazamiento no es casual. Como han mostrado los estudios sobre neoliberalismo autoritario, la despolitización de la economía y la naturalización de la desigualdad generan un terreno fértil para la movilización del resentimiento en su expresión emocional: el hartazgo. La percepción de injusticia se concentra menos en la acumulación extrema de riqueza que en la redistribución selectiva y visible: resulta políticamente más eficaz señalar al vecino que recibe una ayuda estatal que interpelar a los grandes patrimonios que eluden impuestos. De este modo, la lógica populista opera como una tecnología política de canalización del malestar social, capaz de articular electoralmente a sectores populares y clases

medias con fracciones acomodadas que comparten el rechazo a la redistribución y a la igualdad sustantiva.

La crisis democrática contemporánea no se expresa únicamente en el plano representativo. Atraviesa también una transformación profunda del espacio público, crecientemente mediado por infraestructuras digitales privadas, tal como se explicita en este número en el artículo firmado por Miguel Gutiérrez. La esfera pública clásica, basada en la deliberación y el pluralismo, es sustituida por entornos algorítmicos opacos, diseñados para maximizar atención, polarización y rentabilidad, debilitando tanto capacidades humanas como lazos sociales imprescindibles para abonar proyectos emancipadores. En este sentido, la democracia se juega hoy en un escenario tecnopolítico global que recuerda, por su lógica de fragmentación y violencia simbólica, a una suerte de *Estado fallido digital* a escala planetaria.

Dichas infraestructuras digitales configuran un nuevo régimen de poder: el complejo de la tecnología autoritaria. A diferencia del antiguo complejo militar-industrial, este entramado combina capacidad tecnológica, concentración económica e ideología libertaria-antidemocrática en manos de corporaciones privadas, las cuales no solo condicionan la circulación de información y afectos políticos, sino que producen normatividades propias. Esta “privatización” del espacio público digital erosiona la soberanía estatal y debilita los mecanismos de control democrático. Más aún cuando el último informe de Oxfam confirma que en 2025 la riqueza de los millonarios aumentó tres veces más rápido que la tasa anual promedio de los cinco años anteriores, concentrando en tan solo 12.000 personas más riqueza que la mitad más pobre de la población mundial (4.000 millones de personas). De este modo, *Silicon Valley* se consolida como un actor político transnacional, capaz de redefinir los límites de lo decible, lo visible y lo gobernable.

Estas transformaciones internas de la democracia se articulan, además, con una reconfiguración del orden geopolítico internacional. El caso venezolano -sin soslayar el encuadre del régimen chavista como gobierno dictatorial, con serias violaciones a los derechos humanos y dudosa legitimidad democrática - pone en evidencia la persistencia de una lógica imperial que instrumentaliza el discurso democrático para legitimar la injerencia violenta en otros Estados. La

explicitación de intereses estratégicos —control de recursos naturales, disputa hegemónica con China— desmiente cualquier pretensión normativa y reactualiza la doctrina Monroe de dominación hemisférica, que parecía superada. La adhesión acrítica de gobiernos afines en la región revela, a su vez, la fragilidad de las soberanías nacionales en un contexto de dependencia económica y alineamientos ideológicos.

Desde el punto de vista del derecho internacional y de la teoría del orden global, estas prácticas señalan una ruptura cada vez más evidente con el consenso institucional surgido tras la Segunda Guerra Mundial. La normalización de la intervención, el desprecio por las normas multilaterales y la centralidad renovada de la fuerza configuran un escenario en el que la guerra deja de ser una excepción para convertirse en un principio organizador del sistema internacional.

En este marco, la democracia aparece atrapada entre dos procesos convergentes: hacia adentro, la captura tecnopolítica del espacio público y la canalización autoritaria del malestar social; hacia afuera, la reimposición de lógicas imperiales que subordinan el derecho a la hegemonía. Como advierte Giuliano da Empoli, las nuevas élites del poder operan como depredadores sofisticados, capaces de habitar y controlar los laberintos de la contemporaneidad. Pensar críticamente estos procesos no es solo una tarea académica, sino una condición necesaria para imaginar formas renovadas de democracia que resistan tanto la seducción autoritaria como la colonización tecnológica del mundo social.

Con el propósito de contribuir a estos debates, este número cuenta, a modo de apertura, con la entrevista realizada por Ángel Riva a Raúl Motta, fundador de esta revista, que tuvo lugar en el año 2019 en la Universidad Nacional de Rosario. En ella Motta identifica vectores de transformación que hoy cobran una actualidad sorprendente y se constituyen en realidades efectivas. Su prisma prospectivo propone “atreverse a mirar debajo del agua” para comprender una civilización que, en palabras del autor, “pareciera estar en una especie de Titanic”. Abordar una empresa semejante requiere hacer visible la complejidad, solo posible a través de enfoques que derriben los “muros” entre disciplinas hacia espacios de diálogo transdisciplinario. Lejos del pesimismo que parecen sugerir otras perspectivas, Motta invita a pensar en mundos alternativos posibles.

En la sección de artículos, encontramos en primer lugar el de Miguel Francisco Gutiérrez, titulado “Desarrollo de Capacidades y Transformaciones Institucionales en la Era Digital: Una Aproximación Crítica a las Transformaciones Post-COVID”. Este trabajo tiene el propósito de ser a la vez marco teórico y diagnóstico del presente. Al analizar las transformaciones institucionales aceleradas en la era post-pandemia, el autor caracteriza al capitalismo de plataformas como una forma renovada de lógica extractiva que no solo reorganiza la economía, sino que tensiona las bases mismas de la democracia. Desde la perspectiva de Amartya Sen, Gutiérrez pone en evidencia una paradoja central: mientras las tecnologías digitales prometen expandir capacidades, participación y bienestar, en la práctica profundizan desigualdades, erosionan instituciones públicas y limitan las condiciones materiales y simbólicas para el ejercicio efectivo de la ciudadanía. El artículo deja abiertos interrogantes decisivos sobre el futuro de las sociedades democráticas y sobre la posibilidad de articular desarrollo tecnológico con ampliación real de libertades.

En un registro diferente, pero no desvinculado de estas preocupaciones, los trabajos de Sebastián Alejo Fernández y Victoria Zunino se sitúan en una clave histórico-intelectual que permite rastrear los orígenes culturales y simbólicos de algunas de estas tensiones. Ambos analizan producciones literarias y ensayísticas de pensadores argentinos —Esteban Echeverría en el siglo XIX y Leopoldo Marechal en el siglo XX— que reflexionaron de manera explícita sobre la identidad nacional, la modernidad y la constitución del sujeto social.

El artículo de Victoria Zunino recupera en “Reflexiones sobre *Autopsia de Creso*, de Leopoldo Marechal (1965): La insistencia del *hombrecito económico*”, para interrogar la persistencia del reduccionismo a lo económico como característica central de la modernidad tardía. A través de una lectura filosófica y política del texto, la autora muestra cómo Marechal anticipa críticas al individualismo extremo y a la reducción del sujeto a una única dimensión, críticas que resuenan con fuerza en la actualidad. El “viaje al presente” que propone Zunino permite comprender fenómenos contemporáneos atravesados por la primacía del cálculo, la competencia y el vaciamiento de lo comunitario.

Seguidamente, Fernández en “Heroína romántica. Representación de las mujeres en los escritos educativos y literarios de Esteban Echeverría”,

reconstruye la discursividad echeverriana en torno a la modernidad y la americanidad, focalizando en la representación de la mujer como una figura ambivalente. En los textos de Echeverría, la figura femenina aparece simultáneamente como fuerza activa y protectora en el espacio del “desierto” y como sujeto domesticado al ingresar en la “civilización”. Esta dualidad no es solo literaria, sino profundamente política: la mujer funciona como frontera simbólica entre “barbarie y civilización”, naturaleza y sociedad, acción y pasividad. Así, el artículo pone en evidencia cómo los proyectos de nación se construyen a partir de jerarquías de género que delimitan quiénes pueden encarnar plenamente la ciudadanía y quiénes quedan relegados a un lugar instrumental o alegórico.

En conjunto, los textos invitan a pensar el presente no solo como un problema tecnológico o económico, sino como el resultado de largas tradiciones de pensamiento que han moldeado nuestras concepciones de desarrollo, ciudadanía e identidad. La articulación entre diagnóstico contemporáneo e indagación historiográfica ofrece, así, una mirada crítica indispensable para imaginar alternativas democráticas frente a los desafíos del capitalismo actual.

Finalmente, el número cuenta con dos reseñas. En el *Desván de las Reseñas I*, Pedro Lacour expone los ejes centrales de *Síndrome 1933* (Gatopardo, 2024) de Siegmund Ginzberg, un libro que indaga en las condiciones sociales, culturales y psicológicas que hicieron posible el ascenso de Adolf Hitler al poder. Lacour destaca que Ginzberg denomina “síndrome 1933” a una forma de ceguera histórica, producto tanto de la apatía como de una excesiva confianza en la solidez de las instituciones, que impidió reconocer y calibrar a tiempo los signos de un proceso autoritario ya en curso. Una ceguera que, sugiere la reseña, resuena inquietantemente en el presente, cuyas similitudes con la década de 1930 resultan alarmantes.

Para concluir, en el *Desván de las Reseñas II*, Germán Montenegro aborda el libro colectivo editado por Adela Romero y Nelson Cardozo *Public Policy and Research in Latin America* (Palgrave, 2025), que sintetiza las principales líneas de investigación sobre políticas públicas. Aporta claves instrumentales para comprender las transformaciones de América Latina en la 3ª ola democrática.

María Elena Martín